



Alrededor

Breve ensayo sobre la mentira

La mentira es la expresión verbal o escrita de una falsedad, con objeto de evadir una falta cometida, con el propósito de evitar la censura o el castigo. Muy frecuente en los niños desvalidos o con un mecanismo de defensa frente a los mayores, cuyo abuso o autoridad se impone por la amenaza o la fuerza. Es más acentuada la actitud de mentir en los niños cuyos padres son autoritarios e imponen la educación atemorizando o castigando, por las faltas más triviales. En sujetos de todas las edades, es común el hábito de mentir, que al repetirse con frecuencia puede llegar a constituirse en una manía, la mitomanía.

La mentira puede adquirir diferente magnitud, y causar un daño proporcional a la misma.

La calumnia, en estricto parentesco con la intriga, no es otra cosa que la mentira expresada intencionalmente, con el propósito de causar daño a una persona cuya superioridad siente que lo avasalla y le atormenta. Puede ser motivada por el deseo de la venganza ante la más mínima apariencia de ofensa. Es la expresión más vil del carácter de la naturaleza humana, de los individuos cuya incapacidad y debilidad es reconocida a sí misma de una manera instintiva.

El ladrón o el asesino, cuanto más bajo es su coeficiente mental, más con vehemencia ante la autoridad o ante el juez en un juicio para librar-se de la justicia, y cuanto más grande, es la desproporción entre lo que dice y la evidencia de los hechos, más se entreda.

De la misma manera, gran número de personas con delirancia mental, pueden dar crédito a las afirmaciones falsas, porque su capacidad de raciocinio no les permite analizar con precisión las manifestaciones cotidianas de la vida de una sociedad. Pueden también condescender irresponsablemente con los mentirosos, por tolerancia o porque no les afecta personalmente la circunstancia o porque la mentira afecta a su enemigo.

Pero hay una forma, muy particular que también es la motivación de la mentira. *A nadie le gusta la posición de perdedor, cualquiera que sea la razón para estar en esa situación. Solo una personalidad con carácter formado, consistente de una posición altruista y de su propio valer, no cae en la lamentable y despreciable posición de mentir y exponer a que la verdad lo condene a corto o largo plazo a la autocensura y al martirio de padecer una enfermedad psicopatológica.*

La mentira es la disculpa velada, camuflada del perdedor, no solamente en el juego de azar de la vida, donde unos son más beneficiados que otros en el talento, la fortuna o el amor, donde los seres están en permanente competencia. Ver algo en posesión del ganador, un bien material por ejemplo, despierta la envidia del perdedor, cuyo recurso para justificar su incapacidad o incompetencia, le hace recurrir a la mentira. La mentira llega al nivel de la calumnia para perjudicar al contendiente y ganar adeptos, que son los que más abundan en un núcleo social; y hasta los jueces pueden llegar a paralizarse, no siendo extraño el ejercicio de la injuria.

Pero hay otros valores en la vida que, a diferencia de los bienes materiales que son temporalmente cortos, efímeros; pues ellos, se abandonan con la muerte y siempre tienen un destino incierto.

A esta clase pertenecen los valores filosóficos, éticos, artísticos y la verdad científica. Nada les duele más a los que pretenden brillar en el firmamento de estas ocupaciones, cuando llegan al convencimiento de que alguien les demuestra que estaban equivocados. Y cuanto más valor tiene la verdad, que da franqueza de paso a la historia, más grandes es la envidia, más despreciable es la mentira y más abominable

es la calumnia. La caterva de perdedores, cuanto mayor es en número y peñada, construye inconscientemente inmenso pedestal para los genios y los grandes.

Seguramente no hubieran pasado a la historia con tanta magnificencia y eternidad hasta donde alcanza nuestra memoria, hombres como Sócrates que (399 AC), con su percepción superior de juzgar el comportamiento adverso de sus contemporáneos se daba perfecta cuenta de que quienes lo juzgaban, lo hacían motivados con las más bajas pasiones. La cefala la bebió, como un elixir, que alivia todas las penas y tormentos y es la liberación de todos sus verdugos, que vivían en el infierno de la oscuridad y la tortura de sus propias conciencias.

En todos los tiempos a lo largo de la historia, hay grupos que se tienen como los llenos, para atacar a quien osa descubrir su incapacidad sus errores aceptados como verdades o sus corrupciones. Y para engañar a los incautos y justificar su viveza, suelen constituirse en tribunales apócrifos, como los tribunales de la Inquisición de la Edad Media. Cuya labilidad y ocupación exclusiva y permanente de sus miembros era alcanzar el poder, para abusar del mismo y hacer prevalecer la falsedad, mientras dure su dominio. Así se juzgó a Galileo (26 de febrero de 1616), cuando para ellos los ofuscados el Sol seguía girando alrededor de la Tierra. Todo el juicio estaba plagado de mentiras y calumnias, como es el recurso habitual al que apelan los perdedores frente a una verdad científica, que destruye el dogmatismo ciego.

En el amplio espectro de los mentirosos se encuentran la legión de los impostores. Esos personajes, a veces pintorescos, cuyo placer íntimo, se complace en comprobar que pueden engañar a un gran número de sujetos a quienes califican como estúpidos. Algunos poseen el talento de saber engañar y convencer a muchos para que acepten los hechos más inverosímiles.

Se encuentran entre los impostores los charlatanes, que se desenvuelven en los núcleos sociales con escasos recursos económicos, convirtiéndolos que compran ungüentos para curar todos los males. O que venden amuletos y talismanes que protegen de todos los males o permiten ganar beneficios. Los hay también aquellos que pueden vender, la propiedad ajena, confiriendo el riesgo de ser descubiertos como delincuentes y acabar en la cárcel. Los hay entre los que se atribuyen profesiones que no las tienen, desde los que pasan por ser curios o médicos u otras profesiones.

Hay los que siendo profesionales, pretenden por ejemplo pasar por científicos, en cuyo caso se atribuyen descubrimientos. Son éstos los que odian a muerte a los verdaderos, que fácilmente los identifican y que saben de su peligrosa inestabilidad, y vulnerabilidad, en el círculo en que se desenvuelven.

Es tan inmensa la existencia de los mentirosos, que siempre será una plaga de mal comportamiento a través de todos los tiempos. En las tablas del Moisés, entre los diez mandamientos, está la mentira como pecado capital. Los sabios preceptos de los lucas, que condenan el robo, la codicia, no excluyen como hecho abominable el "Ama-Nulla, no seas mentiroso. Pretender corregir con remedios, siendo la mentira en cantidad directamente proporcional al atraso cultural de los pueblos, parece ser una utopía, ante cuya realidad la única alternativa es buscar un mecanismo de defensa. Siendo conveniente para el hombre con buenos propósitos, cuando es blanco de grupos perversos, darse cuenta de las intenciones de éstos, para convertir en su beneficio las agresiones en estímulos fortificantes.

Gustavo Zubleta Castilla

La poesía puede presentarse al lector bajo la apariencia aislada, de acuerdo con la voz que convoca sus ap

Puede ser, por ejemplo, una dama oprimida por la armadura de rigidos preses una ballarina de caja de música que repite su *progresivo y resurgido*, una pira que recite el dictado del oráculo y desfilen las señales del porvenir, una reina de nieves con su regazo colmado de cristales casi algebraicos, una criatura alada con la cabeza sumergida en una nube de insectos zumbadores, una anciana que riega las plantas de un recudido jardín, una heroina que canta en medio de hoguera, un pájaro que huye, una boca cerrada. Las imágenes creadas por resonancias se fijan, se superponen, se suceden. ¿Cuál será la figura verdadera, este inagotable calidoscopio? Todas y cada una. La más libre, la más trascendente, la más convencional, la que está entrelazada con la sustancia misma de la vida llevada hasta sus últimas consecuencias. Es decir, la que no hace ni fantasmas sonoros o conceptuales para encerrarlos en las palabras, sino que el estallar aun los fantasmas que las palabras encierran en sí mismas.

Pero estas conclusiones enuncian características y no significados de la poesía. Y es casi fatal que así sea, porque la poesía en su esencia, en su representación total, así como el universo, como esa esfera de la que hablaban Giordano Bruno y Pascal, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, imprevisible. No se la puede abarcar en ninguna definición. Cualquiera se centro cambiante desde el que se la considere: *pepita de fuego, lugar de interacción de fuerzas desconocidas o prima de cristal para la composición y descomposición de la luz*, un ámbito se traslada cuando se lo pretende crear y el número de alcances que genera continuamente excede siempre el círculo de los poetas significados que se le atribuyen. Intentar reducirlos a una fórmula equiva suspender el vuelo de una oropéndola, a paralizar a un ángel, a domesticar a dios natural y salvaje y a someterlos a injertos, a operaciones aritméticas, diseciones hasta lograr cadáveres amorlos. Porque la poesía es un organismo rebelde, en permanente revolución, y aun la definición más feliz, la que pa abstar en una síntesis radiante sus resonancias espirituales y su mágica enciclon en la palabra, no deja de ser un relampago en lo absoluto, un parpadeo, imagen insuficiente y precaria. La poesía es siempre eso y algo más, mucho y

Tenemos que conformarnos con aludir a ella a través de los medios de que poeta se vale para alcanzarla, confundiendo así de alguna manera el camino el objetivo. Unos y otros poetas se han referido y se refieren a la poesía desde propósito que ha sustentado su acto creador, porque, aunque las consecuencias de este sean insospechadas, sus procesos están, deliberadamente o no, marcados por la intención de quien los suscita. Es decir, la actitud inicial del poeta tiene un sentido último a su poesía, a esa faz particular de la poesía. Querido o no, uno funda su arte poético, aun remitiéndose a la negación de toda regla, y le impo sus leyes, las de la libertad absoluta, las del rigor extremo, las del abandono brusca vigilancia. Bajo estas directivas que rigen un material en ebullición, arquitectura pétreo o una sustancia cristalina, el acto creador se convierte, en otro caso, en arco tendido hacia el conocimiento, en ejercicio de transfiguración de lo inmediato, en intento de fusión insólita entre dos realidades contrarias: búsquedas de encadenamientos musicales o de símbolos casi matemáticos exploración de lo invisible a través del desarreglo de todos los sentidos, en el verbal librado a las variaciones del azar, en meditación sobre momentos emotivos altamente significativos, en trama de correspondencias y analogías ordenamiento de fuerzas misteriosas sometidas a la razón, en dominio de conexiones íntimas entre el lenguaje y el universo. Los enunciados podrían contarse indefinidamente. Sobre ellos planean, entre otras y por no ir más lejos, las sonas de Rimbaud, de Verlaine, de Mallarmé, de Apollinaire, de Eliot, de Bréton Eluard, de Reverdý. Entre todas configuran un mosaico hecho de fragmentos complementarios, de tonos francamente opuestos, de zonas que se superponen se rechazan. Ampliando esta visión con los colores de otras épocas y territorios, aparece un panorama general aún más contradictorio, pero ilustre en sus armonías y en sus disonancias por experiencias prestigiosas, por esas que no se pueden descalificar aun cuando frente a algunos de ellos nuestro punto de partida se encuentre en la otra orilla.

Recorrer la trayectoria de la poesía desde la formulación del encantamiento su consecuente palabra de poder hasta la época actual es un camino en espiral, tan largo como la génesis del lenguaje y tan tortuoso como la historia hombre.

Pero condensando todos los mismos, que unen y separan como los verdades ístimos, reuniendo en un solo cuerpo las palabras que nacen, crecen, mueren, renacen, es posible afirmar que más allá de cualquier posible discrepancia acción y de fe, la poesía se alza a través de los siglos como un acto de fe, como crítica de la vida, un cuestionamiento de la realidad, una respuesta frente a la carencia del hombre en el mundo, una tentativa por aunar las fuerzas opuestas en este universo regido por la distancia y por el tiempo, un intento de de verdad y rescate en la perduración.

Ignoro cuál sería el porvenir de la poesía en un mundo regido por una utopía impensable o por una imposible perfección. Silencio, canto de alabanza, es el frente mecánica que se genera a sí misma, tal vez, y digo tal vez porque no puedo dejar de creer que la poesía no sea una infinita probabilidad. Más aún, porque puedo pensar en un mundo perfecto, sin muerte, sin restricciones, sin ignorancia ontológicas, sin barreras entre el tú y el yo, un universo de revelaciones y rotación en permanente disponibilidad, de los que habla Octavio Paz, y a través los cuales reagrupamos en núcleos magnéticos los trozos dispersos de nuestra realidad visible e invisible.